

Escucho las palabras de los otros

Natividad Cepeda

Escucho las palabras de los otros con su carga de absurda indiferencia ante todos los abusos que se han dado y se dan. Llegan hasta mí, con su sello de gleba, de vasallaje inaudito en esta nueva centuria que ha empezado, con la angustia de miles y miles de personas que luchan por vivir y quedarse entre las tapias diseñadas por arquitectos funcionales, casi todos agarrados al poder, por encima de la belleza de las formas que dan a las ciudades su rostro urbano.

Escucho las suaves censuras de los que, desde abajo, asisten con las manos atadas y las bocas selladas, a la imperante corrupción de todos los modos y vivencias posibles, y el personal se calla y yo no entiendo nada.

Y mientras los pueblos se quedan desterrados y vacíos de gentes y justicia, continúan las tretas de los facinerosos. ¡Oh dolor y miseria de los pueblos dolientes de la tierra! ¿Hacia dónde te llevarán los poderosos con sus túnicas revestidas de oro que siguen mostrando en los palacios y congresos donde se reúnen con su falsedad descarada y su atroz hambre de poseer la gloria en todos los pesebres y salones sin que importen los demás?

Nada ha cambiado; todo es un regreso a las viejas moradas de las sociedades esclavizadas y manipuladas sin derechos. ¡Ay, mis hijos! Aquellos que les falta lo esencial para no

arrastrarse por debajo de las mesas de todos los tiranos con cara de ángeles y actores de reparto en las pantallas a las que está sujeta y anestesiada la plebe, esa porción humana que todos ellos desprecian y manejan.

¡Oh tristeza! De que los pobres de la tierra no posean nada, ni siquiera el orgullo de saber que tienen que ponerse de pie y no andar de rodillas, arrastrándose para poder engullir las migajas de los manteles del poder. De cualquier poder: De todos. También de los que acusan a los que se sientan en las altas esferas de las naciones y países para erigirse en él, y sus seguidores, en los que empuñan el cetro y el látigo a la vez.

Se nos cayó el cielo del viejo comunismo con su grandeza en mensajes exentos de libertad y bienestar. Los que cumplimos décadas de vida, hemos asistido, y asistimos, al desahucio de bienestar donde las dictaduras de izquierdas no dan felicidad ni bienestar a los pueblos que los han gobernado y gobiernan. Allí, donde la

libertad no deja ni entreabrir los labios para exhalar una queja. Allí, donde también hay diferencias de pobreza y riquezas. Allí donde las cárceles no se dejan ver, ni la prensa escrita y hablada puede decir lo que está mal o bien.

Se nos han caído los pilares de nuestra sociedad democrática envuelta en fraudes y corrupción. Gemimos, ante la inestabilidad económica, ante la violencia esgrimida desde demasiados sectores, asesinatos de mujeres, maltratos múltiples, aberración de inocentes, y las cuevas de los *Alibabas* de los tesoros bancarios. Dicen: ¡ábrete, sésamo! y al descubrir las bandas de ladrones nos quedamos sin palabras, además de en cueros. Escucho las palabras de los otros en los puestos de mercadillos y tiendas de pueblos y grandes urbes. Las escucho vocear con esa lastimada ironía de los que no tiene nada más que eso, su rabia y su asco ante los desalmados que sin un ápice de conciencia y ética se hicieron piña, todos unos e iguales,

convertidos en consejeros y en sabios asesores, que aprendieron que poner la mano y guardarse el dinero era lo primordial. Y llegaron de la izquierda y de la derecha, de los sindicatos y de las cajas de ahorro, esquilmaron y arrasaron con lo que no era suyo...

Nos han dejado sin honra y sin orgullo, porque nos engañaron con el circo del fútbol y la televisión, con los mercadillos medievales y la recuperación de las viejas tradiciones que no queremos volver a recuperar: lavar en lavaderos y ríos, en pilones y artesillas, lavarnos el pelo con agua de ceniza y calentar el agua en la caldera para bañarse una vez por semana en una tina... por ejemplo. Arar con mulas y segar con las hoces en las manos. No, no queremos que vuelva ese pasado. Ni soñamos con perder lo que habíamos ganado.

Escucho las palabras de los otros y todavía me asombro de cómo soporamos la ignominia de que nos den cita para un médico para dentro de un año, de que se nos incrementen los impuestos, de que los robos y ocupas nos asalten en nuestra propia casa, de lo poco que importamos y no nos enteramos, ni lo vemos. Escucho a los otros y sigo andando porque apenas si me queda un hálito de esperanza para creer que tendremos buenas leyes que nos salven de tantos desalmados.

Una de las muchas ventajas de vivir en una ciudad como Tomelloso es que no puedes evitar compartir terreno con quien no quieres, sea razonado o no, con quien quieres, por la misma razón que antes, y de vez en cuando con quien no conoces o has olvidado.

La noche era clara y fría, típica de invierno, ideal para sentirse solo y buscar compañía bajo la luz de la luna. Todo el que podía permitírselo estaba dentro del bar de copas, todo el que quería algo lo disimulaba y el que, como yo, no buscaba nada bueno se bebía su güisqui apoyado en la barra. Juego de miradas, caras conocidas y desconocidas, un cigarro, ¿tienes fuego? Nada nuevo a esta orilla del Guadiana; perfecto. Al otro lado, con la barra de por medio, los mismos asistentes de vuelo con distintas caras: la guapa seria, la simpática sonriente y el perdonavidas cachas; lo de siempre.

Yo no presumo de nada, aún pudiendo hacerlo, y el escocés empeñado en lanzarme al ruedo y yo haciéndome

el duro. Me siento bien; siempre he sido un apoyo firme para las barras de los bares. Y aparece una de las muchas bellezas de la noche acompañada de siete u ocho más, costumbre que siempre me molestó en mi juventud pero que ahora me importa menos. Y aparecen amigos que, además de estorbar la visual, me regalan una compañía que no quiero porque convierten la magia de lo incierto de la noche en un repetirse. Y nos dieron las doce y la una, como dice la canción, las dos y las tres.

Pero suena música que desconozco, ahora me doy cuenta, y la magia desaparece nota a nota. Veo, porque no puedo evitarlo, cientos de cacharritos haciendo fotos con flash; todo lo que hago y hacen, digo y dicen, en directo y en HD. Se jodió lo que se daba y me voy, dejando un

billete de cinco en la barra porque no me hacen caso las bellas y bellos, camareras y camareros, jóvenes y jóvenes serios.

En la puerta me detienen dos monumentos muy lejanos que insisten en algo que no puedo escuchar. Me arrimo y ahora sí: "Perdone, ¿le importaría hacernos una foto?", imploran. Hago la foto, yo que soy fotógrafo —ellas qué saben— y tan peligroso como para prestarme alegremente su cacharrito, y es imposible que salgan feas. Gracias, dicen muy educadas. Yo no puedo evitar un escaneo visual completo; costumbre de una vida entera, tan mía.

En la calle todos piensan como yo, ¿qué coño hace ése aquí? Y me voy buscando mi bar de copas que ya no existe, en una noche aún más fría y clara, típica de este jodido invierno,

perfecta para sentirse solo porque lo estás. ¿Ves lo que te decía? ¡Calla conciencia! Me sobran artes para encontrar dónde tomar una copa... y lo encontré. No hay bellas aquí, ni solas ni a docenas, pero suena mi música prehistórica, el güisqui sabe a algo conocido y tengo dos metros de barra y oscuridad; todo para mí.

Me ha encontrado alguien que me conoce, maravilloso regalo, y me habla mientras intento recordar quién es. Él, que poco a poco aparece en mis recuerdos, ahora es ella... El cambio ha sido ventajoso para todos, mira que era feo el pavo, pero nunca he sido capaz de pasear por el lado salvaje de la vida (Lou Reed). Quizá sea hora de rendir las armas y volver a casa con mis fantasmas y descansar.

La cabeza me zumba, la cama no me quiere, la luna quiere entrar por mi ventana y, al otro lado del cristal, todo se va cubriendo de hielo cuando se acerca el amanecer. No hay nada más grande, me digo, que poder seguir pidiendo imposibles a la vida.

La noche de ayer

Pedro Camacho Ruiz

dome el duro. Me siento bien; siempre he sido un apoyo firme para las barras de los bares. Y aparece una de las muchas bellezas de la noche acompañada de siete u ocho más, costumbre que siempre me molestó en mi juventud pero que ahora me importa menos. Y aparecen amigos que, además de estorbar la visual, me regalan una compañía que no quiero porque convierten la magia de lo incierto de la noche en un repetirse. Y nos dieron las doce y la una, como dice la canción, las dos y las tres.

billete de cinco en la barra porque no me hacen caso las bellas y bellos, camareras y camareros, jóvenes y jóvenes serios.

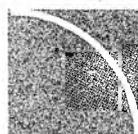
En la puerta me detienen dos monumentos muy lejanos que insisten en algo que no puedo escuchar. Me arrimo y ahora sí: "Perdone, ¿le importaría hacernos una foto?", imploran. Hago la foto, yo que soy fotógrafo —ellas qué saben— y tan peligroso como para prestarme alegremente su cacharrito, y es imposible que salgan feas. Gracias, dicen muy educadas. Yo no puedo evitar un escaneo visual completo; costumbre de una vida entera, tan mía.

En la calle todos piensan como yo, ¿qué coño hace ése aquí? Y me voy buscando mi bar de copas que ya no existe, en una noche aún más fría y clara, típica de este jodido invierno,

perfecta para sentirse solo porque lo estás. ¿Ves lo que te decía? ¡Calla conciencia! Me sobran artes para encontrar dónde tomar una copa... y lo encontré. No hay bellas aquí, ni solas ni a docenas, pero suena mi música prehistórica, el güisqui sabe a algo conocido y tengo dos metros de barra y oscuridad; todo para mí.

Me ha encontrado alguien que me conoce, maravilloso regalo, y me habla mientras intento recordar quién es. Él, que poco a poco aparece en mis recuerdos, ahora es ella... El cambio ha sido ventajoso para todos, mira que era feo el pavo, pero nunca he sido capaz de pasear por el lado salvaje de la vida (Lou Reed). Quizá sea hora de rendir las armas y volver a casa con mis fantasmas y descansar.

La cabeza me zumba, la cama no me quiere, la luna quiere entrar por mi ventana y, al otro lado del cristal, todo se va cubriendo de hielo cuando se acerca el amanecer. No hay nada más grande, me digo, que poder seguir pidiendo imposibles a la vida.



Viveros Garden

ÁRBOLES DE HOJA PERENNE Y CADUCA
FRUTALES DE TODAS CLASES

ARBUSTOS - CONÍFERAS - FLORES DE TEMPORADA

AFAS EMPLEO

Conoce nuestras ofertas

HORARIO: Lunes a Viernes Mañanas y tardes
Sábados Mañanas



Viveros Garden
Calle Lujo AFAS